

DON RICARDO PALMA

Con don Ricardo Palma, que a los 86 años de edad acaba de fallecer en una pequeña casa de campo de Miraflores, junto a Lima, desaparece para el Perú el más representativo y característico de sus literatos; y para toda la América española, el último sobreviviente de la escuela romántica, que en nuestros países no llegó a difundirse y prevalecer sino hasta bien mediado el siglo XIX.

Sus célebres *Tradiciones*, nutrida serie de breves y amenas leyendas en prosa, evocan, como una colección de brillantes miniaturas, toda la historia peruana, en sus más significativos aspectos y contrastes, desde el siglo XVI: son el cabal florecimiento y la artística concreción de aquel donairoso criollismo limeño que Palma supo sentir y expresar insuperablemente, y que vino a encarnarse y condensarse, con toda perfección, en su persona y escritos.

* * *

Nació en Lima, el 7 de febrero de 1833. Durante su infancia y su primera juventud, conservaba aún su ciudad natal el ambiente singular que en América la hizo famosa: y en él se educó e impregnó don Ricardo Palma de indeleble manera. Fueron los primeros años de la República agitados y anárquicos cual ningunos; pero, por los excepcionales y externos impulsos que determinaron la independencia del Perú, dejaron subsistir casi intactos los usos y sentimientos de la época colonial. Los turbulentos mariscales y generales republicanos se codeaban y fraternizaban con los viejos marqueses y los innumerables frailes mendicantes. Al lado de los cuarteles, resonantes con la vocería de los pronunciamientos, ahumados y maltrechos por los continuos asaltos revolucionarios, se alzaban, íntegras todavía, las extensas cercas de los monasterios de monjas, sombreadas de platanares; las fachadas churriguerescas y retorcidas de las iglesias; y las de los caserones de títulos mayorazgos, cuyos balcones tallados, con caladas y voladizas celosías de madera, recordaban, por atavismo remoto, mucho más que los *miradores* españoles, los *muxarabíes* arábigos. Con mayor frecuencia que los desfiles y los *cierrapuertas* pre-

torianos, ocupaba las calles el despliegue de las procesiones religiosas, en que alternaban, con las andas hieráticas y recamadas, las burlescas comparsas populares. En las arcaicas alamedas de Abajo del Puente, rodaban las últimas carrozas doradas de la nobleza criolla; y junto a los surtidores virreinales, las *tapadas de saya y manto* perpetuaban el incitante misterio de su disfraz semiorienta. Al caer la tarde, en los ruidosos portales de la Plaza de Armas, perfumados de frutas y misturas de flores, cesaba de pronto la alegre algazara de la abigarrada muchedumbre, cuando de las torres de la Catedral descendía el pausado toque de la oración. Quitábanse los clérigos los puntiagudos sombreros de teja, los caballeros los altísimos *tarros*, las vendedoras los *jipijapas*, y los esclavos los gorros. Por unos minutos se descubrían todos; y rezaban a coro unánime y devotamente, las Avemarias del *Angelus* los pobladores de Lima, del propio modo que en las tierras islámicas suspende el bullicio vespertino la plegaria del *muezin*. Por las portadas de las murallas que erigió el duque de la Palata, penetraban soldados y montoneros de extraños y rotos trajes y armados de trabucos disformes. Aclamaban un día al taimado Gamarra, otro al apuesto y arrogante Orbegoso, otro al sanguinario Salaverry; y en nombre de tantos y tan encontrados cabe-cillas, iban a perturbar, con sus violencias y desmanes, la placentera paz de la capital risueña.

De entre las miserias de la cotidiana guerra civil y las ruindades del vulgar personalismo, lució de pronto una noble idea: la reconstitución del *Perú Grande*, la reunión federativa del Bajo Perú con el Alto Perú o Bolivia. El caudillo que la personificó y realizó, el mariscal don Andrés de Santa Cruz, obtuvo, por un momento, para este propósito de reacción nacionalista, en el mejor sentido de la palabra, el concurso, no sólo de la mayoría de las clases altas y conservadoras, sino también de buen número de liberales y de casi toda la clase media y el pueblo de Arequipa y Lima. El padre de don Ricardo Palma, modesto comerciante limeño al pormenor, fué un ferviente *santa-crucino*; y sus opiniones se transmitieron desde la niñez al futuro tradicionalista, el cual en su ancianidad se complacía en repetir la siguiente anécdota, que varias veces escuché de sus labios:

Corrían los postreros días de enero de 1839. La Confederación, al cabo de tres años de establecida, se deshacía al embate de sus ciegos enemigos domésticos y de sus muy perspicaces adversarios extranjeros. El protector Santa Cruz, después de recuperar Lima, a la cabeza del ejército Perú-boliviano, se había dirigido al Norte, hasta el valle denominado Callejón de Huaylas, persiguiendo en su retira-

da al ejército chileno, engrosado ya por varios cuerpos peruanos disidentes. Susurrábase que en esta campaña la suerte había abandonado a Santa Cruz; pero el vecindario limeño, que lo había recibido jubiloso y triunfalmente hacía dos meses, le continuaba su adhesión.

Era una noche de verano, el 24 de enero. En un largo balcón, próximo a la iglesia de San Francisco, tomaba el fresco la familia Palma, en compañía de otras honradas familias de mediana condición que habitaban departamentos de la misma casa. De repente, en el silencio y la obscuridad de la calle, apareció un pelotón de hombres montados y armados: varios militares, embozados en capas, que apresuradamente tomaron hacia los barrios de Santo Toribio y San Pedro. El padre de don Ricardo, sin saber quiénes eran, no quiso desperdiciar la ocasión de manifestar sus predilecciones políticas, y lanzó un estentóreo: *¡Viva Santa Cruz!* que fué coreado por su familia y vecinos. Entonces, el jinete que ocupaba el centro del grupo, y a quien al parecer obedecían los demás, volvió la cara, paró un instante el caballo, y se tocó el sombrero, como contestando a la ovación. Enseguida continuó su acelerado caminar. Según pudo averiguarse después, era en efecto el propio Santa Cruz, que, rodeado de algunos leales edecanes, venía huyendo desde los aciagos campos de Yungay. Recién llegado esa noche a Lima, a los cuatro días de prestísima y fatigosísima marcha, se enderezaba a cenar y descansar un momento en la casa de su inquebrantable amigo don Juan Bautista de Lavalle, situada en la esquina de las cuadras de Melchormalo y Beytia. A las pocas horas, continuaba de allí su viaje hasta Arequipa, donde acabó de malograrse y desvanecerse aquel su empeño restaurador de la unidad y supremacía de la raza peruana en el occidente de Sudamérica; y se vió obligado a dimitir el mando.

Cuando muchos años después, don Ricardo Palma, consecuente con sus tradiciones paternas, fué en Europa a rendir homenaje al ilustre desterrado, que vivía en una casita de Versalles (propio lugar de extinguidas grandezas), comprobó qué bien recordaba y con qué íntima emoción había agradecido Santa Cruz aquel último aplauso que le tributó Lima en la más amarga hora de su derrota, como espontánea y conmovedora muestra de fidelidad. En esta escena de la infancia de Palma, que en sus postreros años tanto recordaba, nos place hallar un símbolo profético: el que había de ser supremo evocador histórico del Perú, tesorero y joyero de sus leyendas, encarnación de su ingenio, viva voz de su alma, aclamó, con la prescien-

cia del niño, y más tarde con la del artista, al precursor del magno ideal patriótico que es clave de nuestro porvenir.

* * *

La ruina de la Confederación trajo para el Perú años calamitosos, de conflictos y desastres externos y de imponderable caos interior. Hubo época en que a la vez coexistieron tres Gobiernos. Al cabo renació el orden en el primer período de Castilla (1845-1851), y pudieron cultivarse los estudios y las letras, en el respiro que dejaron las destructoras contiendas civiles.

El canónigo limeño don Bartolomé Herrera, en el Colegio Mayor de San Carlos, y el profesor murciano don Sebastián Lorente, en el de Nuestra Señora de Guadalupe, reabrieron y renovaron los cursos de Filosofía y Humanidades, que habían cesado hacía largo tiempo en la vetusta Universidad. Ya desde el Gobierno de Santa Cruz, y aun algo antes, los había iniciado el que fué su secretario, el gaditano don José Joaquín de Mora, que en *El Ateneo del Perú* enseñó las teorías psicológicas y éticas de la escuela escocesa del *sentido común*, y que en literatura popularizó el nombre y las obras de Sir Walter Scott. Pero las semillas de novedades románticas que esparció Mora no fructificaron entonces por lo áspero y revuelto de los tiempos, y fueron, un poco más tarde, otros dos españoles, el ya citado Lorente y el montañés Fernando Velarde, los verdaderos introductores del romanticismo en el Perú, y los maestros que decisivamente influyeron en Palma y sus compañeros de bohemia literaria.

Era Velarde un joven y fogoso poeta santanderino. Por el año de 1847 llevó al Perú el culto de Zorrilla y Espronceda, que impuso como modelos, juntos con sus propios versos, a sus discípulos limeños. Entre los menores de edad, pero entre los más distinguidos, se contaba ya Ricardo Palma, quien desde su adolescencia comenzó á publicar poesías y leyendas en prosa. Sus primeros versos, coleccionados en *Juvenilia*, son, en efecto, de 1848. Por entonces, igualmente, apareció su breve cuento incaico *Oderay*, muy débil e inexperto, pero que es uno de los primeros productos del romanticismo narrativo en el Perú, al propio tiempo que el *Padre Horan*, de Aréstegui (1).

(1) Novela regional cuzqueña de don Narciso Aréstegui, impresa en Lima el año 1848, y no tan desdeñable como lo di a entender en mi *Carácter de la Literatura del Perú independiente*. Se advierte en ella muy claro el influjo de *Notre-Dame*, de Victor Hugo.

También compuso e hizo representar dramas históricos, que él mismo no quería luego que se recordaran, y que en verdad no merecen serlo. Fueron obras prematuras, de sus años de efervescencia bohemia y de gran melena romántica; cuando se hizo de moda en la juventud literaria limeña la ingenua copia del medioevalismo europeo; cuando Corpancho, embozado en su capa española con vueltas rojas, meditaba *El poeta cruzado* y *El caballero templario*.

Más grave influencia ejerció otro amigo suyo, el eminente neogranadino don Julio Arboleda, uno de los primeros políticos y literatos del siglo XIX en la América meridional. Proscrito de Nueva Granada por el radicalismo triunfante, vivía en Lima hacia los años de 1852 y 53. Ricardo Palma lo trató mucho; recibió de él lecciones de francés; se apartó por su consejo de la pueril imitación de los temas propios de Europa, y convirtió la atención a los asuntos de historia americana. Sobre el modelo del Gonzalo de *Oyón*, poema que a la sazón Arboleda escribía, trazó Palma su leyenda en verso *Flor de los cielos*, dedicada al mismo Julio Arboleda.

El cenáculo de los regocijados y traviesos bohemios de Lima, no era ningún lóbrego subterráneo, ni ninguna plebeya taberna, sino nada menos que los iluminados salones de un ministro de Estado, el político y magistrado arequipeño don Miguel del Carpio. Antiguo partidario de Santa Cruz, y, como casi todos los conservadores, reconciliado con Castilla y principal colaborador de su primer Gobierno, Carpio tenía aficiones literarias y hasta había compuesto en sus años juveniles una cierta oda *Al Misti*, de la que se chanceaban sus propios contertulios. De sus frustradas pretensiones poéticas le quedó siempre vivo amor a las letras, y aprovechaba su valimiento oficial en proteger y alentar a los principiantes. Para con los bohemios, Carpio deponía la seriedad ceremoniosa de sus altos empleos; se olvidaba de su posición y sus años y se permitía desenfadadas bromas, charrerías y crudezas de expresión que superaban a las de sus jóvenes amigos románticos.

Pero no todos los dignatarios del Presidente Castilla usaban de igual llaneza y benévola familiaridad en el trato con los literatos mozos, y Palma debía experimentarlo pronto. Gracias a don Miguel del Carpio había obtenido plaza de amanuense en un Ministerio; y en tal calidad recibió el encargo de llevarle personalmente al mariscal Castilla el Mensaje destinado a la instalación de la Legislatura. Había dado la última mano a la redacción del solemne documento don Manuel Ferreyros, antiguo liberal de la Independencia y director general de Estudios en la República, y queriendo esmerarse en exquisite-

ces gramaticales, había escrito al principio del párrafo relativo a la amenazada paz pública: *Los falsos alarmas*.

Palma entregó respetuosamente al mariscal los dos ejemplares del Mensaje que le traía: uno para la imprenta del Estado, y otro para la lectura en el Congreso. Castilla leyó en alta voz, enterándose del texto definitivo que le sometían sus consejeros. Al llegar al pasaje de *los falsos alarmas*, se detuvo sorprendido:

—¿Eh, dijo... qué cosa? Vamos a ver, joven, preguntó dirigiéndose a Palma; usted, que es escritor, ¿cree que esto está bien así?...

—Así debe de ser, excelentísimo señor, respondió algo perplejo Palma... desde que el señor Ferreyros lo ha escrito...

—Diga con franqueza ¿no le extraña?

—Si señor; nunca había oído esa palabra en masculino.

—Y ¿cómo la pondría V.?

—Diría *las falsas alarmas*, que es como dice todo el mundo.

—Eso es... eso es... *falsas alarmas*... lo demás son pedanterías, pedanterías... repitió, según su costumbre, Castilla.—Vaya a decirle a Ferreyros, ahora mismo, que ponga *falsas alarmas*.

A los pocos momentos, el amanuense ministerial notificaba al Director de Estudios la corrección que deseaba Castilla.

—Y ¿cómo se le ha podido ocurrir eso? preguntó Ferreyros... El mariscal sabrá de milicia y gobierno, pero no de gramática... Además, la decisión de la Academia Española es formal y contundente sobre este género masculino, añadió hojeando el *Diccionario*... ¡Ah! ya caigo... Será V., señor literatuelo, el que ha ido a llevarle al Presidente tan buen consejo y a corregirnos la plana...

—El me preguntó mi opinión, y yo le dije lo que me parecía, contestó Palma, que no se atrevió a negar la verdad.

Ferreyros se enojó:

—Pues valiente consultor gramatical se ha buscado su Excelencia. Ya se ve; con lo que estudian y saben estos mozos románticos, y con el lenguaje que emplean... Venga, venga acá, y lea lo que dice el *Diccionario* de la Academia...

Y acabó de abrumar al atortolado joven con las autoridades y textos de Moratín, Quintana, y Martínez de la Rosa, oráculos del clacismo de entonces.

El final de la ronca fué, más o menos, como sigue:

—Vuélvase por donde ha venido. Yo no cambio esa concordancia, porque soy el responsable de la publicación del Mensaje, y no puedo autorizar disparates. Y otra vez, jovencito, no se ponga a corregir a quien sabe más que V. Si no, me verá obligado a pedir su

destitución en el Ministerio, por ignorante, presuntuoso y entrometido.

Palma refería que muy cabizbajo y sofocado salió de la casa de don Manuel Ferreyros; pero que a las dos horas escasas de la escena, sin haber vuelto a hablar con Castilla, saboreó el desquite, al escuchar que en la ceremonia de la lectura del Mensaje ante las Cámaras, repetía el Presidente con gran énfasis, mirando fijamente a Ferreyros:

—*Las falsas alarmas*; si señor... así es... *Las falsas alarmas*.

* * *

Poco después, a consecuencia de cierta aventura amorosa, Palma se vió amenazado de que una madre enérgica, con ayuda de bravos parientes, lo obligara a contraer inmediato matrimonio. En este aprieto, acudió, como siempre, a su providencia, don Miguel del Carpio, quien, para sacarlo del lance, y evitarle peligros y venganzas, lo colocó de contador en el bergantín de guerra *Guisse*.

Al año subsiguiente, 1855, navegaba con igual empleo en la goleta a vapor *Rímac*. Naufragó con ella cerca de Acari y Atiquipa. A punto de perecer de sed estuvo en los horribles arenales de la costa; y en una de sus *Tradiciones* ha recordado sus padecimientos y los de sus numerosos compañeros en esa travesía del desierto.

Hacia 1857, lo hallamos de revolucionario, en las filas ultraconservadoras del general Vivanco. ¿Cómo don Ricardo Palma, que siempre se proclamó volteriano, y que luego fué, según hemos de ver, liberal militante, pudo hacerse en aquella temporada caluroso vivanquista, que equivalía a reaccionario extremo, desembozado partidario del poder personal y de los privilegiados fueros militar y eclesiástico?

De un lado las tradiciones santacrucinas que respiró en su hogar paterno, como ya apuntamos, y la atmósfera dominante de Lima y el Perú lo llevaba en su juventud al campo de la autoridad y de lo pasado, en cuanto lo permitía su móvil, ligera y jovial naturaleza. Y su propia complexión de artista, su romanticismo arqueológico, su culto de los recuerdos y las añoranzas, lo inclinaban sentimentalmente a aquel partido, el más directo heredero del antiguo régimen español entre nosotros; de igual modo que, mucho más tarde, ya en su ancianidad, cuando su viaje a España, simpatizó con el carlismo intransigente (hasta el extremo de que varios de sus amigos madrileños lo apellidaban *el carlistón*) por íntimas razones estéticas, no desemejantes de las que han mantenido y avivado los *legitimismos* de Valle Inclán y Barbey d'Aureville.

Pero, más que todo, ha de decirse claramente que don Ricardo nunca tomó la política en serio; ni había nacido para apasionarse por ideas abstractas; ni se dió jamás el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios. Era, de pies a cabeza, un literato, y no era sino eso: ora escribiendo, ora actuando, era un poeta: leve, alado, caprichoso y sensible, obediente a las sugerencias de la más amable fantasía, no a los secos corolarios de la adusta razón. Siguiendo la funesta costumbre peruana de atender meramente a la persona de los caudillos, y no a los programas (cuando, por raro caso, los tienen), se prendó de Vivanco, mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la juventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro general, que, no sólo encabezaba la protesta conservadora (en muchas cosas tan justa y razonable que, aun vencida militarmente, logró imponer la reforma de la constitución liberal), sino que representaba la distinción y cortesía de maneras, la inteligencia y la elegancia literaria. Era Vivanco un devoto de Cervantes, un hablista exquisito, un académico. Calcúlese cuanto ascendiente ejercería sobre Palma.

Habían sido grandes amigos desde larga fecha. Cuando las circunstancias sacaron a Vivanco de su retiro, y lo volvieron a poner al frente de una extensa porción del país, y cuando la escuadra se pronunció por él, Ricardo Palma, siguiendo a sus compañeros marinos, se le plegó entusiástamente. Estuvo en la campaña sobre Lambayeque y en el desembarco del Callao. Pero allí se enfriaron sus ardores partidatistas. Varias veces le escuché el relato de su desengaño.

Entre muchas y brillantes cualidades, tenía Vivanco dos graves defectos: blandura de carácter y negligencia en la administración militar. Procuraba ocultarlos o remediar sus consecuencias con rigores intempestivos y a veces crueles, que degeneraban en terquedades deplorables. En tales pasajeros accesos de severidad, se fortalecía contra los intercesores, invocando la rigidez de sus principios ordenancistas y la necesidad trascendental y filosófica de la pena de muerte. Ya una de estas obstinaciones de implacable justicia, al mantener una sentencia de ejecución capital contra los capitanes Lastres y Verástegui, apesar de los ruegos de todas las autoridades y de las señoras de Lima, le costó en 1843 la popularidad y el gobierno. No escarmentado, a los catorce años, hizo innecesariamente en Lambayeque someter a consejo de guerra a un oficial, y nombró por su defensor a Palma. Este, que era muy humano y compasivo, tomó la defensa con vehemencia extraordinaria, al comprender el peligro en

que se hallaba la vida del reo; y abogando ante el Consejo, hizo presente la lenidad obligatoria en las luchas intestinas, la barbarie absurda de la estricta y rigurosa penalidad política en un país donde no podía haber acusador ni juez exento de la tacha de conspiración, y los contraproducentes efectos que la desmedida severidad había acarreado a Salaverry, Santa Cruz y al mismo Vivanco; y aludiendo en velados términos a la anterior historia de éste, añadió que era indispensable que el vivanquismo no se salpicara más con sangre. Tanto calor y eficacia puso Palma en sus palabras, que salvó a su defendido; de lo que el general en jefe concibió notable desabrimiento, por juzgar con la sentencia quebrantada la disciplina de sus tropas.

A las pocas semanas, la escuadra revolucionaria expedicionaba sobre el Callao; y Palma se escandalizaba grandemente cuando, después del sangriento y frustrado asalto, oyó que Vivanco decía—con la frialdad del militar avezado a las matanzas, o con culpable frivolidad de *dilettante*—al contemplar el cadáver de un capitán mulato muerto en su servicio: «Tan feo está muerto como vivo».

Estos síntomas de insensibilidad y egoísmo, lo desencantaron de su caudillo; y cuando acabó la revolución, permaneció en la marina del Gobierno, muy curado de sus fanatismos facciosos.

Reconciliados los partidos del Perú ante el conflicto con el Ecuador, asistió Palma al bloqueo y desembarco de Guayaquil en 1859. —Creo que poco antes estuvo, por primera vez, en Europa; y residió algunos meses del 58 en París.

De vuelta al Perú, en 1860, su actividad literaria tomó mayor vuelo con la fundación de la *Revista de Lima*. Colaboró en ella con los dos Pardos, padre e hijo (don Felipe y don Manuel), José Antonio de Lavalle, el General Mendiburu, Casimiro Ulloa, el ingenioso venelozano Juan Vicente Camacho, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, el economista Masías y algunos otros, que significaban lo mejor y más selecto de la cultura peruana. Ya por esa fecha, comprendía Palma que en el verso y en la prosa elevada, podía tener émulos entre sus contemporáneos: pero que no los tenía en la prosa finamente burlesca, en la leyenda histórica corta y festiva. Orientándose cada vez más en el sentido de su definitiva vocación, comenzó a descuidar la poesía por las picarescas *tradiciones* que, en competencia con Juan Vicente Camacho, publicaba en la mencionada *Revista*.

La política volvió a distraerlo. Con la inestabilidad de su naturaleza, se hizo liberal, siguiendo las corrientes de la época, la reacción extremista contra el Mariscal Castilla, y más que todo, la influencia de José Gálvez, joven catedrático a quién Palma quería y veneraba entraña-

blemente. Comprometido por él, entró en la conjuración de 1860. Fué el encargado por Gálvez de llevar a los conjurados del Callao las noticias del ataque contra la casa de Castilla; y de comunicarles la contraorden del movimiento en el puerto, cuando fracasó el golpe en Lima.

A consecuencia de estos sucesos tuvo que emigrar a Chile con don Manuel Toribio Ureta y otros prohombres del liberalismo. En Valparaíso vivió con el General Echenique, y le redactó un extenso manifiesto, a pesar de su reciente disconformidad de ideas con este derrocado presidente conservador. En Santiago, intimó mucho con los hermanos Amunáteguis y otros literatos chilenos, discípulos de Bello. Durante su permanencia en Chile, publicó varios artículos críticos, entre otros uno sobre el *Salterio Peruano* de Valdés.

Un día, en Valparaíso o Santiago asistía a un mitin internacional que se celebraba en un teatro, en honor de Méjico o los Estados Unidos. Ocupaba un palco, en compañía de otros desterrados peruanos, entre los cuales era el más notable Ureta. Hubo un orador chileno que, en el fuego de su peroración sobre los *tiranos de América*, mencionó al Mariscal Castilla, equiparándole al Dr. Francia y a Rosas. Herido Palma en su patriotismo, le dijo a voz baja a Ureta:

—Usted, que ha sido ministro de Castilla, debe protestar de lo que aquí se afirma.

—No tiene importancia—le contestó Ureta.

—¿Cómo no ha de tener importancia que pinten al Perú como un país esclavizado? Pues si usted no habla, yo, aunque no soy orador, voy a pedir la palabra.

Y acto continuo se levantó, diciendo que un emigrado peruano deseaba hacer una rectificación; y, entre la sorpresa del auditorio, expresó que, aunque adversario político de Castilla y proscrito por él, no podía permitir, en su calidad de peruano, que al mandatario de su patria se le describiera como a un monstruo exterminador, comparable con los que el orador había recordado; que el Perú no producía monstruos semejantes, y que tenía orgullo al declararlo, por lo mismo que nada tenía que hacer ni nada deseaba con aquel gobernante cuyos errores había combatido con las armas en la mano.

Estas palabras tuvieron eco en Lima, y cuando se las refirieron a Castilla, exclamó en su tertulia:

—Ese muchacho tiene talento y patriotismo... Yo lo quiero mucho... Pero él no me quiere... no me quiere...

Con numerosas *tradiciones* suyas desmintió después don Ricardo este aserto del viejo Mariscal.

Debió Palma de regresar al Perú cuando la presidencia de San Román. En 1863 publicó la primera edición de su estudio histórico *Anales de la Inquisición de Lima*. Hecho con los escasos documentos del archivo inquisitorial que aún se conservaban en nuestra patria, este folleto es deficiente como obra de erudición. Hay en él, como en cuanto Palma escribió, levedad, soltura, desembarazo, epigramas a la manera del siglo XVIII; pero no da, ni por asomo, la verdadera impresión del asunto, la sensación de aquella formidable máquina de gobierno; de los móviles, tanto religiosos como políticos que la guiaron; y de las desviaciones y vicios que la estragaron y perdieron. Don Ricardo en una ocasión me reprochó, con afectuosas quejas, que yo hubiera dado a entender la tenuidad de este su libro alabando exclusivamente el de José Toribio Medina. Pero es que no se puede ni se debe disimular la verdad; y el gran erudito del país rival, al escudriñar la historia de nuestra Inquisición, sin esfuerzos de ingenio, sin primores de estilo, por la sola virtud de la masa de documentos que compulsó, acierta a hacer lo que no hizo Palma con todas las gracias de su pluma: a revivir ante nuestros ojos la tenebrosidad de las cárceles y la fiereza de los tormentos; los misterios de iniquidad y de hipocresía depravada que se ocultaban en los senos de la primitiva sociedad colonial; las demoníacas figuras del hereje Fray Francisco de la Cruz, especie de andaluz Rasputine, que con su misticismo erótico infamó las estirpes de los más orgullosos conquistadores; y el terrible inquisidor Gutiérrez de Ulloa, pendenciero, malvado, feroz y sacrilego, que puede servir para acreditar la fidelidad de su contemporáneo arquetipo literario don Juan Tenorio; y que, después de haber dominado por el terror al Perú entero de las postrimerías del siglo XVI, vino a morir al fin deshonrado y desesperado. La índole artística de Palma, tan mesurada y fina, no era para inspirarse en tales caracteres ni para deleitarse en tan espeluznante escenario.

A poco fué nombrado Palma cónsul peruano en una ciudad del Norte del Brasil; no recuerdo si en San Luis del Marañón o en Pará. Los excesivos calores, las lluvias ecuatoriales, el exuberante pero monótono y agobiador paisaje de las selvas, el aparato y la pompa del Imperio brasileño; todo lo que era antitético de su recalitrante limeñismo, le cansaron y enfadaron hasta el punto de que enfermó gravemente y tuvo que dejar el consulado. Para disipar el tedio, se dirigió a Francia; me parece que por segunda vez. En París fué a ofrecer su tributo de admiración al gran Lamartine, anciano pobre, y decepcionado, a quien halló para su gusto en el trato personal (sin

duda a causa de la melancólica situación en que lo vió), harto estirado y ceñudo. Y como muestra de la extraña heterogeneidad de sus devociones literarias, es conveniente saber que casi tanto como su visita al egregio Lamartine, se complacia Palma en recordar su casual encuentro con Alfonso Karr, en una calle parisiense. Se hizo muy amigo del colombiano don Rafael Núñez, que fué después insigne estadista y escritor, y que por entonces era cónsul de su país en uno de los puertos franceses del Atlántico. Viajó Palma por Italia, llegó a Venecia, sometida aún al yugo austriaco, y cuyo excepcional hechizo, galante, marino y barroco, evocaba con delicias hasta en la vejez. El espectáculo de su esclavitud le dictó una de las mejores composiciones del libro de versos *Harmonías* (1). Al pasar por las Antillas, en este viaje, cumplió con otro de los obligatorios ritos del romanticismo hispanoamericano: visitar al *sublime vate* Abigail Lozano. Era éste un poeta muy obeso, natural de Venezuela, que residía en una de las islas inmediatas a su patria, y que producía a destajo endecasílabos y alejandrinos tan fofos y abultados como su persona física. Venerábanlo como a excelso maestro de los bohemios limeños, por inexplicable error de gusto; y con el indestructible arraigo de las primeras aficiones, don Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios, siguió, no obstante, reputando de muy buena fe, hasta el fin de sus días, como autores eximios a dicho Abigail Lozano y a los peruanos Manuel Adolfo García y Arnaldo Márquez. Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles.

Creo que fué en su regreso al Perú cuando trató en Panamá al célebre mejicano Porfirio Díaz, en una corta ausencia a que éste se vió obligado durante las campañas del Sur de Méjico. En esta misma ocasión fué cuando vió por última vez a García Moreno.

Hacia mucho tiempo que lo conocía, desde que sus primeros viajes como contador de marina lo había llevado al triste puerto de Payta, donde García Moreno pasaba una de sus expatriaciones, encerrado en una casa de madera en aquellos ardientes arenales, y devorando día y noche, no obstante tener enferma la vista, tomos de ciencias naturales y de teología y filosofía escolástica. Palma, que con frecuencia iba a darle conversación, le propuso una tarde, para distraer los ocios de aquel destierro, emprender juntos el asedio amoroso de dos agraciadas viudas que residían allí de temporada. El aus-

(1) Impreso en París el año 1865.

tero García Moreno le respondió, mirándolo de arriba abajo severamente:

—No acostumbro esos que usted llama *trapicheos*; y hágame el favor de no volverme a hablar en semejante tono.

A pesar de esta áspera lección de ascetismo, no se interrumpió la buena amistad entre García Moreno y Palma, que charlaban en aquellas semanas todas las tardes sobre literatura castellana y francesa.

Ahora, en vísperas del rompimiento del Perú con España, lo volvía a ver en Guayaquil y en condición muy distinta. Estaba de Presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito, con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y debelar una insurrección liberal guayaquileña. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se disponía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía un frac azul abrochado y empuñaba una lanza en la mano.

—Usted va sin duda a entrar en la revolución contra Pezet— le dijo a su amigo peruano.

—No es imposible—le contestó éste.—También usted, don Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambeli no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo, el incansable lector de Payta, la mirada fría e implacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima.

* * *

Como lo preveía García Moreno, Palma, apenas llegado al Perú, se adhirió a la revolución contra el Gobierno de Pezet, cuyo primer ministro era su antiguo caudillo el general Vivanco. Sirvió a las inmediatas órdenes de don José Gálvez; fué empleado en el Ministerio de éste, cuando, triunfante el movimiento revolucionario, se constituyó la dictadura y se declaró la guerra a España, y estuvo en el combate del 2 de mayo en el Callao. La siguiente revolución, contra Prado, lo contó también entre sus voluntarios; y fué secretario privado y persona de la mayor confianza del jefe vencedor en ella, el coronel Balta, en los sucesivos períodos eleccionario y presidencial. Estuvo,

por consiguiente, muy mezclado en todos los acontecimientos de aquella administración. El fué quien por primera vez puso en contacto al joven escritor don Nicolás de Piérola con Balta, cuyo ministro de Hacienda debía ser en breve, pues fué Palma quien solicitó de Piérola, poco conocido entonces, la redacción del programa electoral de Balta. Perteneció al Senado, aunque era muy poco afecto a la elocuencia parlamentaria. Hasta la víspera del pronunciamiento de los Gutiérrez se empeñaba en convencer a Balta de la necesidad de no impedir la ascensión presidencial de Manuel Pardo, y creyó haberlo conseguido.

Después del asesinato de Balta y de la matanza de los Gutiérrez, se retiró al pueblecito de Miraflores, que fué su lugar preferido, y se entregó con ahinco a sus tareas literarias. Don Ricardo fué feliz en todas las épocas de su vida, y aun puede decirse que cuanto es posible en la suerte humana; tuvo ingenio, renombre, salud, buen humor, la holgura indispensable, familia cariñosa y vida larga; pero sus más dichosos años fueron a no dudarlo los que pasó en Miraflores de 1872 a 1880. Estaba recién casado; había adquirido una casita de campo, en la que nacieron sus primeros hijos, y se hallaba en la plena fuerza y madurez de su talento. Las *tradiciones* que entonces escribió (de la *Serie Tercera* a la *Octava*) resaltan como las más sazonadas y primorosas. Muchas aparecieron en la *Revista Peruana*, dirigida por don Mariano Felipe Paz Soldán.

La desastrosa guerra contra Chile vino a afligirlo y a hacerle perder el fruto de largos trabajos: su biblioteca y sus manuscritos, entre otros su novela histórica, lista para la imprenta, *Los Maraños*. Ya en 1880 había suspendido voluntariamente la polémica continental que suscitó con un estudio sobre el asesinato de Monteagudo, por consideración a Venezuela, que en aquella oportunidad nos ofrecía ayuda diplomática y pertrechos militares. Cuando las tropas chilenas se aproximaron a Lima, algunos amigos de Palma, entre ellos varios oficiales, le exhortaron a que pusiera en seguridad sus libros y papeles, pues Miraflores quedaba en la segunda línea de defensas de la capital. Ricardo Palma rechazó el consejo.

—Parecería—dijo—que desespero de la victoria en la línea de San Juan y Chorrillos, y en estos momentos las excesivas precauciones son desmoralizadoras y de pésimo efecto.

A los cuatro días perecían totalmente en el saqueo e incendio de Miraflores por el ejército chileno, la biblioteca que había reunido con tanto afán y los originales inéditos de varios ensayos históricos y de su mencionada novela *Los Maraños*, cuyo argumento eran las an-

danzas y fechorías del famoso Lope de Aguirre en los bosques americanos del siglo XVI.

Tras las amarguras y estrecheces que padeció en la ocupación chilena, estaba a punto, en los primeros días del Gobierno de Iglesias, de partir para Buenos Aires, donde le ofrecían en el periodismo lucrativa colocación, cuando su fraternal amigo el ministro de Relaciones Exteriores don José Antonio de Lavalle, lo persuadió a que se encargara de la dirección y reconstitución de la Biblioteca Nacional, enteramente destruida por las tropas chilenas.

Sin más interrupción que su corto viaje a España en 1892 (cuando fué a representar, con gran lucimiento literario, al Perú en las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América), estuvo Palma al frente de la Biblioteca Nacional por más de veintiocho años. La principió a rehacer sin mayores gastos para el Estado, gracias a sus relaciones con autores extranjeros, y la dirigió hasta 1912, en que fué separado, bajo el primer Gobierno de Leguía, con las circunstancias que todos deben recordar en el Perú.

Volvió a pasar sus últimos años en Miraflores. A la salita de su modesto *rancho*, pieza que le servía a la vez de recibimiento, escritorio y biblioteca, acudían en peregrinación todos los viajeros cultos que pasaban por Lima. Era, en efecto, don Ricardo la mejor reliquia de la vieja ciudad virreinal, la imagen de lo pasado, la personificación del Perú histórico. Delgado, con la cara completamente afeitada, la boca burlona y los ojos risueños a pesar de la senectud y la extrema miopía, se parecía ahora muchísimo a su amado Voltaire, cuyas obras completas y cuyo irónico busto le hacían siempre compañía, colocados a manera de altar en un estante frontero a su sillón de anciano valetudinario. Lo rodeaban sus hijas ejemplares, la mayor de las cuales, Angélica, distinguidísima literata, le servía de lectora y secretaria. Así se ha extinguido dulcemente, en quietud envidiable, el gran tradicionista peruano.

Hace catorce años, en mi primer libro, que cimentó mi cariñosísima amistad con él, dije que *Palma era nuestro Walter Scott en pequeño*. No me desdigo. Discípulo de Walter Scott fué, lejano si se quiere, pero indudable, por la inspiración arcaica, la efusión de leyendista anticuario, la vena juguetona y optimista, y hasta por las leves inexactitudes de color local y las floridas afectaciones de estilo que, a fuer de romántico, a veces se permite. Pero agregaré (porque de otro modo la descripción peca de incompleta) que si en nuestra literatura regional peruana alcanza Palma la significación que en el pasado siglo obtuvieron en las europeas Walter Scott y sus imitado-

res inmediatos, si es un *Walter Scott criollo*, o sea reducido y abreviado, menos formal y compuesto, y en cambio muchísimo más libre, zumbón y satírico que el escocés, empapado—rica y compleja mistión—de españolismo y volterianismo, es también el Boccacio del Perú, inferior como artista, sin duda alguna, al italiano, pero tan vario, picaresco y deleitable narrador como él; y las *Tradiciones Peruanas* es el *Decamerón* luminoso y ágil de la antigua Lima.

J. DE LA RIVA-AGÜERO.

Biárritz, 15 de noviembre de 1919.
